

**François Hartog**, *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2005, ISBN: 2-7132-2069-6

Première partie: Voir dans l'Antiquité. 1. Les premiers choix. 2. Orateurs et historiens. 3. Voir et dire: la voie grecque de l'histoire. 4. L'oeil de Thucydide et l'histoire "véritable". 5. Voir depuis Rome. Polybe et la première histoire universelle. 6. Voir depuis Rome. Denys d'Halicarnasse et les origines grecques de Rome. Seconde partie: Évidences modernes. 1. L'oeil de l'historien et la voix de l'histoire. 2. Michelet, la vie, l'histoire. 3. Querelles du récit. 4. Le regard éloigné: Lévi-Strauss et l'histoire. 5. Le témoin et l'historien. 6. Conjoncture fin de siècle: l'évidence en question. Épilogue: Michel de Certeau. Notes. Index.

La palabra griega *enargeia*, traducida al latín por Cicerón como *evidentia*, significaba tanto "ver" como "hacer ver". La primera de estas formas de "evidencia", definida por Aristóteles, estaba ligada al sentido de la vista y se refería a aquello que se ve. La segunda, estaba asociada a la retórica y significaba "poner ante los ojos". La labor del historiador se desarrollaba entre ambos tipos de evidencia. Hoy en día, los debates sobre el estatus científico o literario de la historia reproducen, con un lenguaje diferente y de una manera más explícita, ese viejo dilema. F. Hartog plantea la pervivencia de esta problemática al inicio de su último libro como prolongación de la división establecida por Ricoeur entre "la imagen de lo ausente como irreal y la imagen de lo ausente como anterior", que marcaría todas las formas de la reflexión humana sobre el pasado. De esta manera, la antropología filosófica de Ricoeur sirve de punto de arranque al proyecto de investigación histórica de Hartog, dedicado a descubrir qué es lo que los historiadores "ven".

*Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens* reúne una serie de artículos escritos por Hartog entre 1989 y 2004. El libro está dividido en dos partes. En la primera, "Ver en la Antigüedad", se analiza el "régimen de historicidad" griego, caracterizado por el nacimiento de la conciencia de autor del historiador y la relación con la retórica, comparándolo con otros lugares como Mesopotamia, India, China o Israel. Hartog analiza una serie de términos griegos (*histôr*, *semainein*, *suggraphein*, *mênutês*, *superstes*), que vinculan la epistemología histórica griega a lo visto (ver y saber estaban ligados) y en menor medida a lo escuchado. Hartog también rastrea la concepción de la historia de una serie de historiadores que plantean nuevas reinterpretaciones del concepto de "evidencia", añadiéndose unas a otras como las capas de una cebolla (evidencia como testimonio, evidencia como prueba, evidencia como indicio). Herodoto supone la transición de la epopeya a la historia. Mientras el rapsoda tenía como repertorio los hechos de

los dioses y los héroes, Herodoto, el historiador, se asigna como único espacio de competencia los hechos y el tiempo de los hombres. Tucídides, que no utilizó el término historia para referirse a su labor, marca el inicio de la concepción del relato histórico como un discurso sobre la verdad de los hechos (en conexión con el modelo judicial), que se convertirá en el paradigma de la historia política (frente a las “antigüedades”) hasta el siglo XVIII.

Mientras que en Grecia se desarrolló la relación entre el testimonio y la historia, en Roma cobran más importancia las dimensiones retórica y narrativa. En los dos capítulos dedicados a la historiografía romana, Hartog analiza los planteamientos de Polibio y Dionisio de Halicarnaso, dos autores que se interesaron por el significado histórico de Roma en relación con Grecia. Polibio interpretó y teorizó el proceso de mundialización a través del concepto de “historia general” (*historie katholike*), invirtiendo el concepto aristoteliano de lo general (opuesto a lo concreto y por tanto a lo histórico) y aplicándolo a una historia que se desarrolla según el modelo de la naturaleza. Polibio asigna al concepto de *sunopsis* el rol que anteriormente correspondía a la fortuna: un punto de vista exterior al de los protagonistas, “absoluto” y “ciego” al mismo tiempo. Por su parte, Dionisio de Halicarnaso, al buscar las raíces helénicas de Roma asimiló la forma griega de entender la historia a la cultura romana, con la consiguiente influencia en épocas posteriores. Dionisio de Halicarnaso simbolizaría el proceso de aculturación entre Grecia y Roma: helenizando el pasado de Roma, romaniza Grecia.

En la segunda parte, “Evidencias modernas”, Hartog analiza ciertas continuidades existentes entre la historiografía del siglo XIX y la del XX. Su análisis de las metáforas pictóricas y visuales que alimentaron el debate historiográfico a lo largo del siglo XIX resulta muy interesante. Desde la concepción de Thierry (cercana a la “novela histórica” de W. Scott), que pretendía pintar la vida en todos sus detalles (“desempolvar las crónicas”), se pasa a la hermenéutica de Michelet, quien, siguiendo a Vico y los Grimm, interpreta la labor del historiador como el intento por comprender las palabras entrecortadas que nos llegan de los muertos. A lo largo del siglo, “descubrir” sustituye al “dejar hablar” y la referencia a la “vida” reemplaza a las comparaciones con el género pictórico, pero eso no impide que siga vigente el paradigma visual. La irrupción de la siguiente generación de historiadores, con Fustel de Coulanges a la cabeza, promoviendo una historiografía científica, no acabó con el paradigma visual, que en el lenguaje del siglo XX sería re-bautizado como “fenomenológico” por autores como Huizinga y Kracauer (autores sobre los que Hartog no trata).

La crítica a la “vieja historia” o “historia metódica” marcó el debate historiográfico en Francia a comienzos del siglo XX. Esta crítica la llevaron a cabo los durkhemianos y posteriormente la escuela de los *Annales*,

defendiendo un modelo sociológico (basado en series de datos y grupos sociales) frente al estudio de individuos y hechos políticos. Hartog apenas profundiza en ese debate sino que más bien se limita a trazar sus conexiones con las reivindicaciones científicas de los historiadores de finales del XIX y con el llamado “giro lingüístico” de los años setenta del XX. Hartog afirma que “la historia puede tratarse como, y no reducirse a, un texto”. Tras analizar las posturas de Barthes (al que matiza algunos planteamientos) y Ricoeur sobre el discurso de la historia, invita a ir más allá de la afirmación de que toda historia es un relato, preguntándose por el tipo de relato al que pertenece cada historia y por las aportaciones interpretativo-narrativas de cada historiador.

Los capítulos 4, 6 y epílogo de la segunda parte del libro son más un estado de la cuestión de tendencias historiográficas y autores que han influido en Hartog (destacando sendos capítulos dedicados a Lévi-Strauss y de Certeau) que un estudio sistemático como los dedicados a la época clásica y el siglo XIX. En cambio, el capítulo 5, “el testigo y la historia”, supone una lograda síntesis de reflexión teórica y narración histórica sobre el concepto de testigo desde el mundo griego hasta el holocausto. Al igual que hiciera Ginzburg a propósito del holocausto y los límites de la representación histórica, Hartog pone en relación el testimonio de P. Levi con la etimología del término “superviviente”, emparentado histórica y etimológicamente según Benveniste con el de “testigo”<sup>1</sup>. Sin embargo, Hartog no menciona éste ni otro trabajo de Ginzburg sobre la idea de prueba en la historia que toca puntos muy similares al suyo<sup>2</sup>. En realidad, Hartog y Ginzburg han coincidido en el estudio del testimonio, la prueba y la evidencia historiográficas desde caminos opuestos: uno, tratando de aplicar la teoría de Ricoeur a lo que los historiadores escriben sobre su propia labor, y el otro, defendiendo la memoria de las víctimas del holocausto (entre las que se encuentra su padre). Una vez más la dicotomía escritura–recuerdo.

La originalidad de Hartog reside en el campo de investigación abierto por su concepto de “evidencia”, elaborado a partir del debate actual sobre la epistemología histórica. Su mayor aportación a este debate ha sido precisamente probar que se trata de una estructura de larga duración, que se remonta a Grecia (en cuya historiografía Hartog es especialista) y al paradigma visual. Sin embargo, la vastedad del campo de estudio implica

---

<sup>1</sup> Carlo GINZBURG, “Just One Witness”, en Saul FRIEDLANDER (ed.), *Probing the Limits of Representation*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, pp. 82-96, p. 96.

<sup>2</sup> Carlo GINZBURG, *History, Rhetoric and Proof*, Hanover, University Press of New England, 1999.

saltos en el tiempo y el espacio, que Hartog despacha con pocas palabras. Apenas trata la historiografía medieval o renacentista, ni historiadores no franceses de los siglos XIX y XX. Por eso, aunque él mismo dice no pretender ser exhaustivo (el libro ha de leerse como una colección de ensayos), conviene valorar sus reflexiones generales acerca de la historia de la historiografía en función de su propias lecturas.

François Hartog es profesor de historiografía antigua en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Además de *El espejo de Herodoto* (México, Fondo de Cultura Económica, 2003), ha publicado libros sobre historia de la historiografía entre los que se encuentran *Mémoire d'Ulysse*, Paris, Gallimard, 1996; *Le XIX siècle et l'histoire: le cas Foustel de Coulanges*, Paris, Le Seuil, 2001; *Régimes d'historicité*, Paris, Le Seuil, 2003; *Anciens, modernes et sauvages*, Paris, Galaade, 2005. También ha dirigido ediciones de Plutarco y Polibio y una antología de historiadores de Homero a San Agustín.

Julián Díez Torres  
Universidad de Navarra

**Jaume Aurell**, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Publicacions Universitat de València, Valencia, 2005. ISBN: 8437060435.

Agradecimientos, 11; Introducción, 13; De entresiglos a entreguerras, 23; La hora de la disciplina histórica: los Annales, 51; La dictadura del paradigma de posguerra, 67; La transición de los setenta: de las economías a las mentalidades, 87; El posmodernismo y la prioridad del lenguaje, 113; El giro narrativo, 131; La conmoción de los ochenta, 149; Las nuevas nuevas historias, 159; El giro cultural, 177; Epílogo, 199; Anexos, 213; Bibliografía, 221; Índices, 245.

Lentamente la historiografía continúa ganando importancia en la disciplina de la historia. Hoy en día ya es una línea de trabajo muy consolidada y con un cierto prestigio y solvencia por parte de muchos historiadores españoles, que a su vez tienen ya un nombre en la comunidad científica internacional. La noticia de la publicación del libro de Jaume Aurell abunda en estas ideas y además ofrece la peculiaridad de que, una vez más, un medievalista escriba, investigue y se preocupe sobre cuestiones teóricas y de historiografía. Esta es una agradable circunstancia puesto que cuanto más seamos, y con ideas diferentes, los que apostemos por esta disciplina -Aurell se equivoca al llamarla subdisciplina-, ésta se enriquecerá más. En el mismo sentido, es muy pertinente y necesario que la llamada de la historiografía, teoría de la historia o de la metodología deje de ser una